

LAURA MESTRE Y LAS TRADUCCIONES DE LOS POEMAS HOMÉRICOS

ELINA MIRANDA CANCELA

Para José Martí, el gran renovador de las letras hispanoamericanas y prócer de la independencia de Cuba, según afirmara alguna vez: “no hay goce como el de leer a Homero en el original, que es como abrir los ojos a las mañanas del mundo”¹. Sin embargo, no desdeñaba las traducciones, como se puede apreciar en el artículo que escribió con el título de “La *Iliada*, de Homero” en la primera entrega de su revista *La Edad de Oro*, con la cual procura incidir en la formación de los niños y jóvenes de “Nuestra América”, como solía nombrar a las tierras que se extienden al sur del Río Bravo, pues sabía —él que tan al tanto estaba e intervenía en la polémica en torno a la necesidad de una enseñanza científica frente a la prioritaria de la época, de un humanismo anquilosado y sustentado, principalmente, en el dominio del latín y griego clásicos— que estas eran la vía de acercamiento a las grandes obras literarias para todo el que no dominara la lengua original; aunque no por ello obviaba la necesidad de obtener una versión acertada, pues según él, quien concebía la traducción como un acto de “transpensar”², era preferible no leer una en que, como acontecía con la de la *Iliada* hecha por José Gómez Hermosilla —la más difundida por entonces en lengua española—, estaban las palabras, “pero no el fuego, el movimiento, la majestad, la divinidad a veces del poema”³.

Razones semejantes quizás pesaran sobre Laura Mestre y Hevia —nacida en 1867— entre las diversas motivaciones que la decidieron a emprender su propia traducción de ambos poemas homéricos y su empeño ulterior en darla a conocer. Cuando en 1889 sale a la luz la revista martiana y, en La Habana, Enrique José Varona, gran amigo de Antonio Mestre, el padre de la joven helenista fallecido dos años antes, da en la prensa noticias entusiastas sobre la publicación⁴, Laura

¹ José MARTÍ. *Obras Completas*. La Habana, Editora Nacional de Cuba, 1963, t. 13, p. 403.

² *Ibid.* 24,16.

³ *Ibid.* 18, 332.

⁴ En la sección Miscelánea de *Revista Cubana* (La Habana, t. X, n. 2, 1889, pp. 185-186) Enrique José Varona escribió una nota sobre la aparición del primer número del que llama “periódico para los pequeños” y, por supuesto, no da cuenta del contenido. Cf. *Acerca de La Edad de Oro*. La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial Letras Cubanas, 1980, p. 46.

que se iniciara poco ha en la vida cultural e intelectual de la ciudad⁵, había decidido retirarse de toda actuación pública, frustrada y decepcionada ante la injusticia que sufriera en su único intento de incorporarse a la enseñanza⁶, y encerrada en su casa de Jesús María 26, se consagra a la lectura y traducción de textos clásicos, primero latinos y luego griegos, en los que encuentra plasmados, sobre todo en estos últimos, el ideal estético, intelectual y moral con el que se siente plenamente identificada.

Probablemente no tuvo, por tanto, noticias del artículo de José Martí, cuya obra literaria parece desconocer, pues nunca lo menciona ni en apuntes ni en ensayos, lo cual no es raro, si tenemos en cuenta que en Cuba tanto la poesía como la prosa martianas se publicaron tardíamente, ya comenzado el siglo XX; mientras que parte de sus escritos, como los *Cuadernos de apuntes*, solo se editaron en fecha posterior a la muerte de la helenista, ocurrida en 1944, quien, por otra parte, en sus estudios de literatura cubana y moderna de otros países, se recluye en autores que, cuanto más, no trascendieron la primera década de la pasada centuria.

Tampoco tenemos noticia de la que podamos deducir si en Laura tuvo alguna repercusión el hecho de que Ramón Meza, uno de los jóvenes intelectuales cubanos agrupados en torno a la revista *La Habana Elegante*⁷ en los años en que Mestre publicó en sus páginas, defendió en 1891 una tesis para doctorarse en Filosofía y Letras con el título de “Estudio histórico-crítico de la Ilíada y la Odisea y su influencia en los demás géneros poéticos de Grecia”, editada como libro en 1894 y 1907; aunque todo hace suponer que probablemente la joven humanista la conociera o tuviera noticias, puesto que Meza vive y publica en su misma ciudad, las dos ediciones del libro se hicieron en época en que ella leía y traducía los textos clásicos y también el propio Varona que saludara la revista

⁵ En 1885, con solo dieciocho años, publica la traducción que hiciera junto con su hermana Fidelia de una novela francesa, entonces de moda, en la revista *La Habana Elegante*, que agrupaba en su directiva, y entre sus colaboradores, a la joven intelectualidad de la ciudad.

⁶ Poco después de la muerte del padre, se presentó a oposiciones en el colegio Heredia con vista a obtener la plaza de directora. A pesar de la brillantez de sus ejercicios y que se daba por seguro su triunfo, se la otorgan al otro concursante, por influencias políticas y por ser este un hombre.

⁷ En el año que las hermanas Mestre, Laura y Fidelia, publicaran su traducción de *La Sombra*, en *La Habana Elegante* encontramos entre sus redactores los nombres de Manuel de la Cruz, Enrique Hernández Miyares, Aniceto Valdivia, Julián del Casal y el mencionado Ramón Meza, entre otros colaboradores.

martiana, alguna vez hizo observaciones sobre este texto⁸, al tiempo que Meza era ya un novelista notable, al cual menciona Mestre en uno de sus estudios⁹, y concurrió en el ejercicio de la docencia universitaria con varios miembros de la familia de la traductora, tanto con su hermano Arístides, biólogo notable, como con un primo, el filólogo Juan Miguel Dihigo y Mestre, vinculados todos con la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, de la Universidad de La Habana.

Sin embargo, independientemente del acceso que Laura Mestre tuviera a estos trabajos, sea el de Martí, publicado fuera de la Isla, sea el de Meza o los comentarios de Varona que vieron la luz en La Habana, estos nos ayudan a formarnos una idea del contexto en torno al conocimiento y aprecio de los poemas homéricos en el cual la joven emprendiera su traducción a fines del siglo XIX y posteriormente se empeñara en su edición, de modo que esta versión homérica hecha por una cubana atrapada en la encrucijada de dos siglos no ha de considerarse como un hecho meramente fortuito, tal como pudiera parecer en principio, sino sustentado por el ambiente cultural y familiar.

Aunque cada época y cada lector tienen su peculiar forma de entender el texto homérico, no han sido muchos quienes se han decidido a realizar un esfuerzo tan ingente como el que supone traducir ambos poemas atribuidos a Homero. En lengua española y hasta mediados del siglo XX, para referirnos a aquellos de los que pudo tener noticias nuestra traductora en cuestión, solo encontramos cinco personas que llevaran a cabo la versión tanto de la *Iliada* como de la *Odisea*: Juan de Lebrija Cano en el siglo XVI, Ignacio García Malo en el XVIII, el mencionado Gómez de Hermosilla en el XIX y ya en el XX Luis Segalá Estalella y la propia Mestre, aunque, a diferencia de los cuatro peninsulares citados, esta última nunca llegó a ver publicada la traducción a la que tanto tiempo y cuidado parece haber dedicado, la cual, todavía hoy, permanece manuscrita en los fondos del archivo del Instituto de Literatura y Lingüística, en La Habana.

En cuanto a traductores hispanoamericanos de los textos homéricos, sabemos que en el siglo XVII Francisco Xavier Alegre hizo una versión de la *Iliada* a la lengua latina; mientras que en Chile, en 1902, el abate Jünemann publicó su

⁸ Max HENRÍQUEZ UREÑA recoge en su *Panorama Histórico de la Literatura Cubana* el siguiente comentario: “A juicio de Varona ese trabajo resultaba “algo atrasado”, si bien cabía reconocer que era una “obra paciente, bien nutrida y mejor discurreda” (La Habana, Edición Revolucionaria, 1967, p. 171).

⁹ Cf. L. MESTRE. Sobre el lenguaje y la novela. En: *Literatura Moderna. Estudios y narraciones*. La Habana, Imp. Avisador comercial, 1930, p. 93.

traducción de la misma obra y también de algunos cantos de la *Odisea*; en 1924 y en 1928 ven la luz varios pasajes homéricos traducidos por el argentino Leopoldo Lugones¹⁰; y en México, ya traspasando el límite temporal que establecimos, se publica en 1951 la versión de Alfonso Reyes de los nueve primeros cantos de la *Iliada*¹¹. Si ampliamos el margen geográfico a toda Latinoamérica, se añade la tarea sin par del brasileño Manuel Odorico Mendes (1799-1854) quien no solo vertió en lengua portuguesa la *Iliada* y la *Odisea*, sino también la *Eneida*, del romano Virgilio, las cuales solo en estos últimos años han sido rescatadas y valoradas por estudiosos de las letras clásicas en Brasil¹².

Por otra parte, si revisamos la lista de nombres mencionados, tanto españoles como latinoamericanos, solo hallamos uno de mujer, el de la cubana Laura Mestre, quien en el ámbito femenino únicamente había sido precedida, ya no en América, sino también en el viejo continente, por Mme. Ana Dacier (1647-1720), hija y esposa de helenistas, quien no solo pudo ver publicadas sus traducciones homéricas, sino alcanzar renombre por su labor e intervenir con autoridad en la disputa sobre la adecuada valoración de los autores de la Antigüedad clásica; posición privilegiada, si recordamos que todavía hasta casi mediada la pasada centuria era opinión común que el lugar de la mujer estaba en su hogar, su meta era el matrimonio y no necesitaba, por tanto, grandes conocimientos, puesto que, según rezaba un antiguo refrán, ningún final feliz podía aguardar a la mujer “que sabe latín”, sinónimo de una educación superior.

En el contexto colonial en que aún se vivía en Cuba en la época en que Laura nació, esta disfrutó de condiciones especiales, al pertenecer su familia a una especie de patriciado intelectual que se esforzaba por dotar a su patria de un nivel decoroso, en consonancia con los tiempos, en el campo de las ciencias y las letras.

Al igual que su hermano, el filósofo José Manuel Mestre Domínguez (1832-1886), tuvo Antonio (1834-1887), padre de Laura, un lugar destacado

¹⁰ Cf. Luis SEGALÁ Y ESTALELLA. Introducción. En: *Obras completas de Homero*. Barcelona, Montaner y Simón Editores, 1927.

¹¹ *La Iliada de Homero, traslado de Alfonso Reyes. Primera parte: Aquiles agraviado*. México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1951.

¹² Cf. Paulo Sergio DE VASCONCELLOS. Odorico Mendes – tradutor brasileiro dos clássicos. En: E. MIRANDA y G. HERRERA (eds.). *Actualidad de los clásicos*. Actas del III Congreso Internacional de Filología y Tradición Clásicas “Vicentina Antuña in memoriam”. La Habana, Ediciones U.H. (en proceso).

en la vida intelectual y cívica de la época. Fue uno de los primeros médicos en dedicarse a la pediatría e introductor de las teorías darwinistas en Cuba; fundó diversas empresas científicas, como la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, de la cual fuera el primer secretario, y colaboró con los naturalistas Felipe Poey (1799-1891) y con Juan Cristóbal Gundlach (1810-1896) para la nomenclatura científica, puesto que también se destacaba por sus conocimientos de latín y griego; pero entre sus numerosas tareas siempre encontró tiempo para ocuparse de la educación de sus hijos. Se cuenta que todos los días, después de almuerzo, subía al segundo piso de la casa familiar para personalmente ofrecerles clases y familiarizarlos con las lenguas clásicas que tanto lo marcaran en su formación cultural.

Refiere Laura que fue su padre quien descubrió su talento para la pintura cuando solo tenía nueve años, así como sus posibilidades en el campo de las letras al mostrarle uno de sus escritos, siendo todavía una niña, e igualmente nos asegura que en su familia era una cuestión resuelta la igualdad de la mujer y su acceso a la educación superior, de manera que no tenía el matrimonio como su único destino posible.

A los dieciséis años, como ella misma hace constar, leía autores tales como Huxley, Darwin, Spencer, Haeckel, Molleschott y Büchner, de manera que, orgulloso, su padre comentara alguna vez con su amigo el Dr. Finlay (1833-1915) —quien trascendería como el descubridor del agente transmisor de la fiebre amarilla— que su hija no se amedrentaba ante ningún libro. Con estas lecturas procuraba, según afirmara Laura años después, afianzar su propia interpretación y le proporcionaron, sin duda, una sólida formación científica y humanística sobre la que erigió los firmes criterios en que basó su vida y su obra.

La conjunción de fantasía y espíritu positivo que advierte en la Grecia clásica y que tan bien se aviene con su propia educación, la entusiasman, de tal modo que toma como paradigmáticos el arte, la literatura y la filosofía de los griegos, en cuanto ostentan valores y cualidades que, según su modo de pensar, han de estar presentes en la preparación de los jóvenes.

Llegará a proponer que se rechace “la cosmogonía hebraica, que pugna con la ciencia” y sean la *Ilíada* y la *Odisea* los libros ofrecidos a la juventud, a fin de que esta se eduque en los ideales de verdad y saber, honradez y valor propendidos por la cultura griega; para concluir, en el escrito que titula “Imitemos a Grecia”, con la exhortación a “estudiar la obra de los sabios de nuestra edad, sucesores

de los griegos y renacentistas, y procuremos las ideas y descubrimientos en un radio cada vez mayor, hasta comprender a toda la humanidad”¹³.

Entendemos a la luz de estos afanes didácticos y de la conciencia de servicio a la patria en que había sido educada, que la señorita Mestre, buena conocedora, además, de las literaturas francesa, italiana, española, cubana, entre otras, de la teoría literaria, de la lingüística, del arte y las ciencias, según demuestra en sus escritos, se preocupe, interrumpiendo el silencio y el retraimiento mantenido a través de un cuarto de siglo, por dar a conocer en la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, de la Universidad de La Habana, en 1912, su traducción de un pasaje del canto II de la *Iliada*, que mereciera el elogio de Luís Segalá¹⁴, y brinde a la misma revista entre mayo de 1913 y julio de 1915 sus “Lecciones de lengua griega sobre un texto de Homero”, con aplicación de la traducción interlineal propuesta por Robertson. Una vez dado este paso, también le confía a esta publicación otros artículos sobre arte y literatura en distintas ocasiones hasta 1923.

Pero aún espera unos años más para procurar la publicación de sus libros, iniciada en 1929, al hacer editar sus *Estudios Griegos*, a los que seguiría, al año siguiente, un volumen titulado *Literatura moderna. Estudios y narraciones*. En ellos se trasluce el afán didáctico, hasta en la breve muestra de su propia narrativa que decide dar a conocer. Razón tenía Camila Henríquez Ureña (1894-1973) al señalar que “la vocación esencial de Laura Mestre fue la docencia”¹⁵.

Para ella el arte era el mundo al que el artista dotaba de vida, a la manera, según estima, que “Dios infunde la vida en la naturaleza”. De ahí el lema que a modo de sello hará estampar en la página inicial de sus libros: *Non inferiora secutus*. Pero la obra de arte implica, a su modo de ver, la marca del artista, ideas y cualidades, sin obviar que este debe saber “escoger y espigar”. A su vez considera que la crítica, aunque participe en la evolución del arte, ocupa un puesto inferior al de la producción artística y, por tanto, no puede menos que deplorar

¹³ Siempre que no se exprese lo contrario, las citas de textos de Laura Mestre son tomadas de sus manuscritos y papelería, aún inédita, parte de los fondos del archivo del Instituto de Literatura y Lingüística, en La Habana.

¹⁴ El profesor barcelonés, en la introducción antes citada de *Obras completas de Homero*, p. LXIV, asegura que Mestre había hecho su traducción con admirable exactitud.

¹⁵ Camila HENRÍQUEZ UREÑA. Laura Mestre, una mujer excepcional. En: *—Estudios y Conferencias*. La Habana, Ed. Letras Cubanas, 1982, p. 533.

que quienes la ejercen pretendan imponer su dominio sobre la inspiración del artista.

Estas consideraciones en torno al arte, la literatura y el papel de la crítica, junto a su vocación educadora, conforman sus libros de manera consciente. Dispone, como dejó anotado, que cada uno de ellos abra con un estudio de corte fundamental para la materia en torno a la cual agrupa sus escritos: de modo que inicia *Estudios Griegos* con “Lecciones de lengua griega sobre el texto de Homero”, en cuanto considera el dominio de la lengua imprescindible para una adecuada apreciación del texto literario¹⁶; mientras que abre el de *Literatura Moderna* una presentación de aspectos de teoría literaria de manera que, como en la enseñanza de las artes plásticas, la vocación literaria se sustente en la observación directa de los modelos y la aplicación de principios que, como Mestre asevera, “se descubren mejor en la Pintura y la Escultura”¹⁷.

Aunque después de estas publicaciones, ambas sufragadas por la autora en una pequeña imprenta de la calle Cuba que ostentaba el poco académico nombre del “Avisador comercial”, no le fue posible la edición de los demás libros, estos quedaron preparados, en mayor o menor medida, entre los papeles y notas que, a su muerte, su hermana Isabel pusiera en manos del reconocido hombre de letras José María Chacón y Calvo (1892-1969)¹⁸ para su consideración y que hoy reposan en los mencionados fondos del Instituto de Literatura y Lingüística.

Tal como lo consigna, Mestre había proyectado otros cuatro libros, con su consecuente artículo de apertura: Naturaleza, Elementos de Dibujo y Pintura, Florencia y Disertaciones —títulos a partir de los cuales es posible colegir que la humanista siguió cultivando durante toda su vida las artes y los conocimientos científicos en que se había formado, al tiempo que mantenía una labor como creadora, y no hacía distinciones a la hora de pensar en su preparación para una posible edición—, así como los volúmenes consagrados a la edición de su traducción de la *Iliada* y la *Odisea* y de otro, con su versión del diálogo ciceroniano sobre la amistad, la cual, lamentablemente, no se encuentra entre los manuscritos conservados.

¹⁶ MESTRE. *Estudios Griegos*. La Habana, Imp. Avisador comercial, 1929, pp. 5-43.

¹⁷ MESTRE. *Literatura Moderna...*, p. 8.

¹⁸ CHACÓN Y CALVO, en ocasión del centenario del nacimiento de Laura, publicó un artículo en el cual da cuenta de esta entrega de su papelería: Una helenista cubana: Laura Mestre. En: - *El Mundo*. La Habana, 2 de julio, 1967, p. 8.

La conclusión que cierra el último artículo de sus *Estudios Griegos*, luego de constatar la afinidad entre el poeta de la *Odisea* y nosotros, es también aplicable al libro como un todo y su explicación última: El mundo helénico encuentra resonancia en los tiempos modernos porque en él está en germen nuestra cultura, a la vez que constituye su mejor exponente¹⁹. Se entiende, pues, a la luz de estas razones, la vehemencia de su propuesta y esfuerzos en pro de que los textos homéricos devinieran la base de sustentación de la educación de los jóvenes.

Los veinticinco años en que se dedicó en silencio al estudio y a su labor como escritora y traductora, junto con la imposibilidad de datar con acierto la mayor parte de su papelería, nos impiden conocer el momento exacto en que escribió cada una de sus obras, cada una de sus anotaciones, muchas en distintas ocasiones reformuladas, otras que aún conservan tachaduras y rectificaciones. Pero no podemos menos que pensar que es, precisamente, en los catorce años que separan su última publicación de la fecha de su muerte, cuando, al reafirmar su opción como “mujer de cerebro”, acota como su único deseo pendiente el “poder publicar mis traducciones de la *Ilíada* y la *Odisea*”²⁰.

En una de sus disertaciones manuscritas se muestra muy consciente de las dificultades que supone la traducción de los poemas homéricos, en los cuales, según su decir: “se siente la fragancia del amanecer del mundo, de la primavera del universo”. En primer lugar, señala la necesidad de no alterar el estilo homérico y exhorta a que: “no seamos traidores sino intérpretes de la verdad, a veces desnuda, a veces trágica de su lenguaje; pero también revelemos la infinita poesía de sus cantos”. Para ella “Traducir del griego al castellano”, según apunta, “es copiar en yeso una obra en mármol”, y siente como principales escollos: el hecho de que un término griego puede encerrar varias ideas; las formas, mediante el uso de partículas conjuntivas o de la puntuación, con que la lengua griega matiza

¹⁹ Cierra este artículo titulado “Ruth y Nausica” con estas palabras: “El alma ariana es una en varios pueblos parecidos, como un árbol de numerosas ramas; y a tantos siglos de distancia se siente vibrar en las cimas literarias de los poemas de Homero. Por esta razón, el mundo helénico encuentra un eco simpático en nuestros corazones: en esa bellísima literatura está la cuna de nuestras ideas, el germen de nuestros sentimientos, la luz más esplendorosa que irradió en remotas edades la mentalidad de los pueblos de nuestra raza” (MESTRE, *Estudios Griegos*, pp. 267-8).

²⁰ En una de sus notas afirma: “Desde niña creímos en que había dos caminos para la mujer, muy distintos uno de otro. Con entera convicción, me defendí como un tigre del matrimonio, y así salvé mi espíritu y mi vida. La mujer de cerebro y la mujer vulgar son muy diferentes. Ahora solo deseo poder publicar mis traducciones de la *Ilíada* y la *Odisea*”.

la expresión; pero, sobre todo, los epítetos homéricos: “pues el sustituirlos con una palabra es omitir ideas y el explicarlos con una frase, es perder la concisión y sencillez del estilo”.

Para que el lector se dé cuenta cabal del problema recuerda que en nuestra lengua existe lo que llama “el barrio griego”, voces técnicas de ciencias y de artes industriales, cuyo sentido comprende varias ideas expresadas sintéticamente. Y, por último, añade, entre las dificultades que ha de enfrentar el traductor, el hipébaton que impera en los textos clásicos, muy superior al admitido por la lengua española, puesto que en ellos “un simple final de voz, o una palabra a la terminación de un periodo, dan la clave del sentido”.

Termina su escrito haciendo mención de autores que desde la propia Antigüedad se ocuparon de Homero²¹, estudiosos y traductores, y entre estos últimos resalta el nombre de su predecesora, Mme. Dacier, pero también el de reputadas versiones en diversas lenguas, como la de Pope, Monti, Leconte de Lisle –muy apreciada por Martí²²– y la de los españoles Hermosilla y Segalá, esta última publicada en los tiempos en que Laura hacía, o quizás repasaba, la suya propia.

No menciona, sin embargo, entre los escollos que enfrenta el traductor el de si ha de mantenerse o no la forma métrica, polémica que, iniciada en el XIX llega hasta nuestros días. La mayoría de los traductores cubanos de textos griegos que la habían precedido, incluso su propio padre, habían optado por la versificación, aunque usando fórmulas propias de la métrica castellana; pero, en verdad, ellos habían escogido solo textos líricos como objeto de sus versiones. En relación con la épica, latina por cierto, solo Antonio Guiteras la precedía, puesto que tradujo y publicó en 1885 los cuatro primeros libros de la *Eneida* virgiliana²³, adoptando para su versión los endecasílabos libres.

²¹ “Entre los principales autores que han tratado de Homero, se cuentan Aristarco y Aristófanes el gramático; Zenodoto, Calistrato y los escoliastas; Stacio, Marcial, Knight, Dugas Montbel, Wolf, Kois, Spohn, Ruhnkenius, Vico, Mad. Dacier, Monti, Pope, Goddick, Leconte de Lisle, Ilgen, Tzetzes, Barnier y Lavagnoli, Hermann, Hermosilla y Segalá Estalella”.

²² En el artículo de *La Edad de Oro*, al mencionar esta traducción, Martí comenta: “El que no sepa francés, apréndalo en seguida, para que goce de toda la hermosura de aquellos tiempos en la traducción de Leconte de Lisle, que hace los versos a la antigua, como si fueran de mármol” (New York, 1889, vol. 1, N° 1, p. 21).

²³ Publicada en Barcelona, en 1885, en la Imprenta de Jaime de Jesús. Aunque hay noticias de otras traducciones cubanas de esta obra, o bien se han perdido o se trata solo de fragmentos.

Por su parte, el profesor Albear, quien en 1911 publicara sus comentarios sobre la versión de Segalá en una revista de la universidad habanera, entiende que la traducción en verso conviene a la lírica, pero no para la épica “y sobre todo la homérica”²⁴ y quizás Mestre, cuando compara el traducir a Homero con una copia en yeso, tenga en mente la imposibilidad de guardar fielmente todos los elementos, entre ellos la métrica, convencida, quizás, de la imposibilidad de recrear los efectos del verso griego con los metros españoles, tal como en 1909 constatará Pedro Henríquez Ureña en la presentación de su única pieza teatral: *El nacimiento de Dionisos*²⁵.

Al acercarnos a la versión de la *Iliada* que hiciera Laura Mestre, sentimos que no solo ha tenido siempre presentes los presupuestos por ella misma expuestos, sino al posible lector en cuya formación desea obrar, al ponerlo en contacto con los textos homéricos. Procura con sencillez y elegancia, muy a tono con su ideal de estilo, plasmar la belleza del poema homérico, sin traicionar los requerimientos de la lengua española, como se evidencia en el fragmento de su versión del canto I de la *Iliada* que publicara para ilustrar su método para el aprendizaje del griego en la *Revista de Letras y Ciencias* y como artículo insignia de su primer libro, “Lecciones de lengua griega sobre el texto de Homero”.

Para este ha escogido, a fin de mostrar el método que propone, los primeros 67 versos del poema, divididos en pequeños fragmentos que llama capítulos; de los cuales, además del texto en griego, ofrece la traducción, la identificación de las formas tanto desde el punto de vista gramatical como léxico —con pequeñas acotaciones en algunos casos—, una nueva composición, con los mismos términos, en griego y su versión al español; y al final de las lecciones presentadas, agrega una serie de oraciones, a manera de práctica de lo aprendido, y algunas observaciones sobre la forma de estructurar las oraciones en el texto.

Publicado por primera vez a partir de 1913, no se observan variantes cuando lo incluye en su libro en 1929 y, sin embargo, hay pequeñas modificaciones en

²⁴ Juan Francisco DE ALBEAR. “La traducción de la *Iliada*, por Segalá”. En: *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*. La Habana, enero de 1911, p. 40.

²⁵ Cf. Pedro HENRÍQUEZ UREÑA. “Justificación” En: *El nacimiento de Dionisos*, Nueva York, 1916, p. 6; pero la primera publicación fue en México, en la *Revista Moderna*, en 1909. En esta introducción asegura: “Si este ensayo en un género esencialmente poético no está escrito en verso, débese a la dificultad de emplear metros castellanos que sugieran las formas poéticas de los griegos. He preferido la prosa, ateniéndome al ejemplo de muchos insignes traductores de las tragedias clásicas, uno de ellos no menor poeta que Leconte de Lisle”.

la copia manuscrita de su traducción de la *Iliada*, encabezada, como quien ya prepara y revisa la edición final, no solo con título y nombre de la autora, sino también con lugar y año: 1943, ciertamente el anterior a su muerte.

Sin embargo, si nos atenemos a lo publicado en la revista universitaria, podemos suponer que, en lo esencial, su versión, al menos del primer canto, estaba completa a principios del siglo XX. Mas, recordemos que en 1912 se había decidido a publicar su traducción de gran parte del canto II de la *Iliada*, por lo cual no sería descabellado pensar que la helenista ya tenía al menos, digamos en borrador, su versión de la *Iliada*, teniendo en cuenta lo que refiere su primo, el filólogo y catedrático, Juan Miguel Dihigo y Mestre –director, por cierto, de la mencionada publicación periódica–, sobre la dedicación de Laura a la lectura y traducción de textos latinos y griegos, a partir de 1887, con tanta devoción que la familia llegó a temer por su salud²⁶.

Esta posible datación temprana, a diferencia de las fechas anotadas como encabezamiento de las copias manuscritas conservadas, se corrobora con lo que atañe a la *Odisea*, pues, si bien la traducción conservada en su papelería está fechada por Mestre en 1939, en el artículo “Ruth y Nausica”, de su libro *Estudios Griegos*, de una década antes, cita su versión de diversos pasajes de la obra. Por tanto, los años anotados por la autora en tales textos solo pueden tomarse como las correspondientes a la copia conservada, probablemente una última revisión.

Ello igualmente sucede con otros libros suyos, sobre los cuales nos encontramos en la propia papelería diversas referencias, cambios de título, tachaduras, al tiempo que, por ejemplo, no aparece prácticamente nada relativo a lo ya publicado. Se siente, por tanto, que no son manuscritos dejados al azar, sino organizados, copiados con voluntad de, en algún momento, editarlos.

La proximidad de fechas estampadas por Mestre en distintos textos –la traducción de la *Odisea* en 1939, la de la *Iliada* en 1943 y la de *Florenxia*, el libro en que recogía sus narraciones y para el cual anota a veces otros títulos, en 1942– nos convence de que tales dataciones expresan solo la última revisión y no el momento de composición. Por ello, me inclino a pensar que las versiones de los poemas homéricos deben haber sido hechas entre fines del XIX y principios del XX, al menos en un primer acercamiento.

²⁶ Cf. Juan Miguel DIHIGO, La primera helenista cubana (Discurso pronunciado ante los alumnos de Latín, Griego y Lingüística de la Universidad de La Habana el 19 de marzo de 1944) (inédito). La Habana, Fondo Laura Mestre, Archivos del Instituto de Literatura y Lingüística.

Sin embargo, es curioso que en relación con los poemas homéricos, a pesar de sus deseos expresos de ver su traducción en letra impresa, continuara repasándolos durante tantos años, quizás por esa continua contradicción que marcó su vida entre la certeza de ser una “mujer de cerebro”, según su propia clasificación, y el temor de verse expuesta públicamente, sujeta a desdenes, envidias y humillaciones, como prueba el que para su libro de las disertaciones, decidiera en fecha tardía cambiarle el nombre y atribuírselo a un heterónimo por ella creado²⁷.

Resulta, por otra parte, significativo el hecho de que, luego de veinticinco años de alejamiento de cualquier acto público, se haya decidido a romper su silencio, poco después de la publicación de la primera versión de la *Iliada* que publicara Segalá (1908) y a la cual, el catedrático de griego de la Universidad de La Habana, Juan Francisco de Albear, le hiciera observaciones, como ya se mencionó, en la propia *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, en el número correspondiente a enero de 1911.

Cabe, entonces, preguntarse, si no sería precisamente la traducción de Segalá y también el eco que encontró en los comentarios de Albear, en una publicación tan cercana, lo que motivara a Laura a mostrar públicamente, aunque todavía con cierta timidez, el que se había consagrado un buen número de años a trabajo semejante, al cual ahora, quizás, se consideraría obligada a revisar y afinar en sus opciones, puesto que, al igual que se advierte en otras facetas de su obra, la autora, en este caso, parece haber vivido entre criterios encontrados, a causa de su decisión de mantenerse apartada y consagrada al cultivo intelectual, solo para su propia satisfacción íntima, y sus convicciones sobre la necesidad de servir a su país y colaborar a la educación de las nuevas generaciones en los ideales que defendía con apasionamiento en disertaciones y notas salvadas en el escrutinio, uno o más bien múltiple, al que evidentemente sometiera su legado.

La traducción de Segalá bien pudo, entonces, servirle de acicate para dar una muestra de su hasta entonces callado trabajo. Tal es así que cuando de nuevo da a la imprenta el fragmento del II canto, como parte de su primer libro, añade

²⁷ Mencionado algunas veces como *El libro de las disertaciones* se conserva, sin embargo, una carpeta fechada en 1934, bajo el título de *Morbidezza*, en la cual, en un prefacio, lo atribuye a la Condesa de San Lorenzo, a quien, muerta en Trieste en 1899, su entrañable amiga anónima rinde tributo con la publicación. Cf. de la autora. Laura Mestre: narradora entre dos siglos, en proceso de edición.

con orgullo en una nota que su versión “ha sido citada con elogio por el eminente traductor de las Obras de Homero, Dr. Luis Segalá y Estalella”²⁸.

Al comparar las versiones publicadas y la manuscrita del primer canto de la *Iliada*, este último nos depara una inquietud desde el inicio, pues mientras en las primeras aparece, tal como en el original, el verbo en tercera persona singular, ‘canta’, en la letra clara y perfectamente legible de Laura se aprecia, sin lugar a dudas, una primera persona ‘canto’, y es una elección hecha, sin duda, al comenzar a pasar una vez más el texto, puesto que en otras ocasiones, ya avanzando en la lectura, se advierten tachaduras cuanto ha repetido, inconscientemente al copiar, dos veces la misma palabra, por ejemplo, o cuando advierte que el mismo término se utiliza con demasiada cercanía, lo cual se suele evitar en una adecuada redacción española²⁹, o cree encontrar una solución más acertada.

Aunque Mestre se manifiesta vivamente contra las traiciones al original, notamos que a veces no vacila en consignar una acepción afín con sus intenciones pero ajena al texto, como cuando prefiere el empleo genérico de ‘griegos’ (v. 2, por ejemplo), sobre todo en lugar de aqueos, pero también de dánaos (v. 56)³⁰, a modo de marca de unidad en una cultura cuyos valores no solo admira, sino que de ellos se siente heredera, concepto que, a su vez, desea transmitir a sus posibles jóvenes lectores, aunque ello implique cierta adulteración.

También pudiera pensarse en un deseo de evitar confusiones ante el uso de diferentes denominaciones para designar un mismo pueblo, como sucede con personajes conocidos indistintamente por dos apelativos, como Paris Alejandro, al que, sin embargo, a lo largo del canto III Laura llama siempre por el primer nombre, el más difundido y por el que mejor identificamos al troyano, aunque en griego leamos el segundo³¹. Sin embargo, usa indistintamente Ilión y Troya, ¿excepción o simplemente no tenía un especial interés, como en el caso de los griegos?

Otras veces no duda en corregir alguna estimada por ella inexactitud: así en el verso 30 traduce Argólida en lugar de Argos, pues como anota en el

²⁸ MESTRE. *Op. cit.*, p. 47.

²⁹ Cf. en 13,2; 28,1: 24,15; 31,5. Al referirnos al manuscrito citamos en primer lugar el número de página dado por la propia traductora y el renglón donde se ha observado lo que apuntamos.

³⁰ Solo en contadas ocasiones, usa “hijos de Danao” (II, 110, por ejemplo), pero en general unifica la denominación para aqueos, argivos y dánaos como pueblos bajo el mando de Agamenón.

³¹ Así en el verso 16 del canto III el texto se refiere al personaje como Alejandro, pero Mestre traduce Paris.

comentario gramatical de sus lecciones: “esta ciudad pertenecía a Diomedes y Agamenón reinaba en Micenas. Con frecuencia en Homero se encuentra Ἄργος significando la Argólida”³²; o concreta la referencia a la deidad inspiradora con su usual nombre: Musa. Quizás a tales “enmiendas” se refería, entre otras, cuando, inmediatamente después del título del poema y antes de su nombre, a modo de justificación, acotaba: “traducida directamente del griego, enmendando los pasajes dudosos”.

Como no parece haber margen para pensar en una errata y en otros pasajes del manuscrito en que el poeta invoca a la deidad se mantiene la tercera persona, pienso que con tal traducción del primer verso de la *Iliada*, Mestre ha querido rendirle homenaje al autor, pues, aunque en el prefacio se muestra al tanto de la llamada cuestión homérica en cuanto aclara que las primeras rapsodias fueron conservadas por siglos en la memoria del pueblo heleno, sujetas a alteraciones y cambios, y por consiguiente, en cierto modo, han de considerarse una obra colectiva; distingue dos líneas o poemas que se aúnan en la estructura y estima el último canto como una adición de uno de los últimos homéridas, a manera de “piadosa corona del monumento”, no deja de considerar a Homero “el poeta más excelso de todos los tiempos”, bajo cuyo nombre se ha conservado “un conjunto de admirables rapsodias sobre el ciclo troyano” y que: “con todo, Homero, el genial creador de la epopeya clásica, vive desde hace treinta siglos en los versos más espontáneos de esta obra”.

Por ello, se autocorrigió, de modo que el lector no tenga duda sobre la capacidad creadora del autor de la *Iliada* y no se confunda con la consideración del aedo como mero trasmisor o, en todo caso, dueño de una “*téchne*”, como reconoce Alcínoo en el canto XI de la *Odisea*. Así, aunque el destinatario de esta traducción no lea el prefacio, la autora lo hace partícipe de su creencia en la presencia de una voluntad poética en la composición de la epopeya, sin obviar que esta supone una transmisión oral a lo largo de siglos, así como la existencia de núcleos anteriores y alteraciones e interpolaciones posteriores; es decir, asume posición en la polémica entre analistas y unitarios, pero sobre todo quiere que al lector no le quepa dudas sobre el poema como fruto de un genio creador. Una vez asentada su convicción en el primer verso, puede continuar siendo fiel al texto en lo sucesivo.

³² MESTRE. *Op. cit.*, p. 22.

Sin embargo, en cuanto a la *Odisea*, de la que Mestre nos advierte en su prefacio que: “A diferencia de la *Ilíada*, su composición es perfecta, no tiene cantos ni fragmentos de otros poemas”, no vacila en usar la tercera persona: “Háblame, Musa, de aquel varón ingenioso”; lo cual corrobora la necesidad apuntada de dejar clara su posición en un poema que sí pudiera suscitar dudas, según su modo de apreciar la composición de ambos.

El deseo de proporcionar al lector una directa y rápida intelección, también influyó, con seguridad, en que adoptara los nombres romanos de los dioses, de uso común y generalizado hasta bien entrado el siglo XX, así como el de algunos personajes bien conocidos por la forma latina, como Ulises en lugar de Odiseo³³.

La humanista conocía, con seguridad, la opinión del profesor Albear, quien en su artículo sobre la traducción de Segalá critica, entre otros, el uso de estos y más aún, el de formas mixtas como Palas Minerva³⁴. El propio catedrático barcelonés, en la edición de 1927 de su traducción de las *Obras Completas de Homero*, agradece y, aunque rechaza algunos de los señalamientos del cubano, expresa su coincidencia en cuanto a los nombres griegos, que incorpora en esta nueva edición, tal como antes había anunciado en la edición de su versión de la *Odisea*.

Sin embargo, Mestre, quien al menos en el 29 da testimonio de que conoce la publicación mencionada de la obra homérica en el 27, persiste en mantener los nombres romanos y hasta el censurado hibridismo³⁵, aunque por su modo de traducir los patronímicos no usa nunca adjetivos anfibológicos como los señalados por Albear. Por tanto, debía de estar convencida que el uso de los teónimos latinos era lo más conveniente para sus propósitos de transformar los textos homéricos en base de la educación juvenil y contribuir al logro de este

³³ También Segalá, en la ya mencionada introducción, explica cómo fue precisamente el deseo de que el poema alcanzara una mayor difusión la causa de que en una primera edición prefiriera los conocidos nombres romanos de los dioses (Cf. *Op. cit. supra*. p. LXIX).

³⁴ En el artículo ya mencionado el Dr. Albear asegura: “En la transcripción de los nombres de los dioses y de los adjetivos derivados de ellos sigue el traductor el patrón latino que ha guiado las traducciones francesas, dando a aquellos los nombres de esa lengua en vez de los propios griegos, que ya es tiempo y conviene que se conozcan, vulgaricen y no den lugar a hibridismos como *Pallas Minerva* que usa mucho al igual que Leprevost y Hermosilla y a patronímicos anfibológicos como, entre otros, saturnio y jovial” (ALBEAR. *Op. cit.*, p. 42).

³⁵ Por ejemplo en su traducción del verso 78 del canto IV aparece: “así Palas Minerva se precipitó...”

objetivo mediante una traducción que permitiera un acceso expedito, de modo que el lector no sintiera aminorado el disfrute del texto por búsquedas en diccionarios, por notas explicativas o por lagunas en su intelección.

Esta misma intención se pone de manifiesto cuando prefiere ‘bandas’ en vez de ‘ínfulas’, y aun ‘banda’, en singular frente al plural homérico, en la revisión manuscrita o de ‘perniles cubiertos de grasa’ en el manuscrito –‘muslos’, en la versión publicada– antes que ‘pingües muslos’, con lo que facilita al lector la comprensión de costumbres muy alejadas de sus circunstancias.

Al usar un lenguaje más cercano a su posible lector cubano, también propicia un mayor frescor y, en ocasiones, un efecto más próximo al que Homero pretende, como cuando Agamenón encolerizado llama al sacerdote Crises: ‘viejo’ (I, 26), frente al respetuoso ‘anciano’ que sí utiliza para calificar a Príamo, a manera de ejemplo, o cuando en el verso 32 agrega el coloquial ‘anda’ antes del imperativo ‘vete’, o en otras partes de la traducción utiliza ‘vamos’, tan usado por los cubanos, en lugar del castizo ‘¡ea!’, o prefiere ‘bebedor’ al denostar Aquiles al rey de Micenas (I, 225), en vez del menos popular ‘ebrio’, sin caer en el poco elegante de ‘borracho’. Igualmente se decide por ‘descarado’, tan usual en la lengua coloquial de los cubanos, frente al menos frecuente ‘desvergonzado’ (I, 158) y para los patronímicos utiliza la variante perifrástica ‘hijo de’, con la sola excepción de ‘Atrida’, pero que cuida de hacerlo de manera que no ofrezca dudas³⁶. Igualmente prefiere hablar de ‘blancos brazos’ o de ‘pies de plata’ y no níveos o argénteos, como elige Segalá, quien prefiere buscar formas más acordes con el carácter artificial y arcaizante que tenía la lengua homérica, ya en la Antigüedad, para quienes oían los recitales de rapsodas y aun de aedos; mientras la opción de Mestre posiblemente responde a su intención de que el lector experimente el “carácter ingenuo y espontáneo” que la filóloga atribuye a estos poemas³⁷.

El deseo de claridad, sin perder de vista su sentido de la elegancia de estilo, en cuanto a la expresión castellana, se muestra en giros como ‘para hacértelos

³⁶ Así en I, 7, en su primera aparición, traduce ‘hijo de Atreo’; pero en el v.12: ‘Atrida’, quizás por lo redundante que sería la repetición tan cercana y porque, con la perifrasis perdería fuerza el agente de la deshonra del sacerdote, lo cual explicaría la carencia de artículo. En las anotaciones de léxico, mientras que para el patronímico de Aquiles solo ofrece como significado ‘hijo de Peleo’, para el de Agamenón, al esperable ‘hijo de Atreo’ agrega ‘Atrida’ (*op. cit.*, p. 7). En los demás casos encontramos ‘hijo de Menecio’, ‘hijo de Saturno’, etc.

³⁷ Este carácter que desea transmitir se refleja también en el uso que mantiene del polisíndeton en la traducción.

gratos' en lugar del adjetivo 'gracioso' (I, 39) referido al altar de Apolo en la súplica de su sacerdote; 'por primera vez, separó una disputa', frente al literal 'se separaron disputando' (I, 6), con que Homero presenta la causa de la funesta cólera; o como cuando amplía el famoso símil sobre Apolo: 'parecía la noche que se acercaba' (I, 47).

En cuanto a los epítetos, de cuya dificultad para la traducción nos dejara constancia, procura, en muchas ocasiones, elegir un adjetivo simple en lengua española que mantenga la significación del compuesto griego, como 'certero' o 'flechador' para calificar a Apolo, aunque no vacila en usar también alguna vez la perífrasis 'rey/dios que hiere de lejos'. El 'veloz' Aquiles es 'de pies ligeros', en cuanto el adjetivo no resalta suficientemente la cualidad del héroe; pero siempre que le es posible procura verter el epíteto compuesto homérico en un adjetivo de la lengua española, si se trasmite su esencia: las amazonas son 'viriles'; Afrodita, 'risueña'; la tierra 'fertil' y Héctor, homicida.

A pesar del comentario de Albear y la respuesta de Segalá, en relación con este tipo de epítetos parece que Mestre no siente apropiado referirse a Juno como 'de ojos de novilla' y usa 'de grandes ojos'³⁸, e igualmente sucede con otras semejanza homéricas en el mirar de dioses o héroes con la forma en que lo hacen algunos animales, de modo que Atenea es 'la diosa de ojos brillantes'³⁹, aunque, en alguna ocasión, esta decisión de la traductora ocasione confusión a su posible joven lector, puesto que cuando califica de 'cínica' la mirada de Agamenón, me parece improbable que este piense en la etimología del término y no en su sentido coloquial⁴⁰.

³⁸ En el artículo ya mencionado de la revista universitaria, Albear señala: "Fijándose en la hermosura de los ojos de Hera traduce Segalá βοῶπις por *la de los grandes ojos*, pero el aeda, habiendo tenido presente, a más de esto, la expresión dulce y apacible de aquellos, su tierno mirar al modo del apacible y tierno de la raza bovina, hizo un símil agrícola, propio de aquellos tiempos y costumbres con Hera y la llamó βοῶπις, de ojos de buey" (pp. 43-44).

³⁹ Al respecto, Albear había señalado: "Γλακῶπις es uno de los epítetos que ha dado más lugar a vacilaciones en su interpretación, traducíendosele por *ojos azules*, por *ojos brillantes* y por *ojos de lechuza*. Segalá emplea siempre la segunda acepción, *ojos brillantes*; pero parece la más propia y exacta ojos azules que es la más frecuentemente usada." (p. 43). Segalá expone, a su vez, sus razones para optar por "ojos de lechuza", con criterio semejante al que le hizo aceptar "ojos de novilla" para Hera (C.f. *op. cit.*, p. LXIX).

⁴⁰ Sobre este epíteto nos dice Albear: "Y fijándose también en el modo de mirar hizo el aedo otro símil semejante al anterior para calificar la fiereza de Agamenón y el impudor de Helena, κυνώπις, κυνώπις *de ojos o de mirada de perro*..." (p. 44).

Tampoco vacila en apartarse un tanto de su apego al texto homérico cuando lo cree necesario para mejor ofrecer el espíritu que, a su parecer, anima la letra. Así prefiere ‘de brillante armadura’ o ‘bien armados’, en vez de ‘bien calzado’ o ‘de brillantes grebas’, al aclarar que Homero usa tal expresión “por sinécdoque”⁴¹; del mismo modo traduce ‘las espaciosas naves’, pues entiende que el adjetivo homérico, al subrayar lo hueco de estas embarcaciones, más bien alude a su capacidad de mucho calado que a su forma⁴².

Sin pretender agotar el tema, estos ejemplos, tomados en su mayoría de pasajes de la *Iliada* por ella publicados y de la versión manuscrita del canto I, sirven para mostrar cómo procura soluciones satisfactorias, acordes con sus puntos de vista, a los problemas de la traducción y cómo su vocación educadora, presente en otros aspectos de su obra, también se transparenta en sus versiones, sin que ello implique desmedro de la calidad literaria.

Con razón Camila Henríquez Ureña se sentía agradablemente sorprendida por la “pureza y diafanidad”⁴³ del lenguaje de Mestre, independientemente de alguna propuesta, a mi entender, discutible, como suele suceder en cualquier traducción: así, el uso de la conjunción ‘y’ quizás influido por una de las posibles acepciones de su similar en latín o en griego, pero no usual ya entonces en lengua española (“Decidme ahora, musas que habitáis los palacios del Olimpo y vosotras, diosas...”) por la partícula conjuntiva ‘γάρ’ (*Il.* II, 485); o el que no mantenga sin excepciones, en el curso de los veinticuatro cantos, sus opciones y use alguna vez ‘de hermosas grebas’, o ‘aqueos’ y ‘danaos’, o ‘corvas naves’, o que incurra en algún que otro *lapsus mentis* inexplicable desde otros puntos de vista; lo cual, por otra parte, no es de extrañar en un texto tan extenso y que su autora no alcanzó a revisar, no digamos en pruebas para su edición, sino ni siquiera mecanografiado.

Laura Mestre subraya el frescor de los poemas y el paradigma de valores en que, según creía, debía formarse la juventud; de ahí que sin traicionar su apreciación de las obras homéricas y el espíritu que las anima, manteniendo la sencilla elegancia y belleza del texto, usara un lenguaje más cercano al del posible lector, el cual sin necesidad de otros auxilios filológicos, podría disfrutar y captar adecuadamente el sentido del texto. Desea, indudablemente, trasladar al lector la

⁴¹ MESTRE. *Op. cit.*, p. 16.

⁴² *Ibid.*, p. 22.

⁴³ C. HENRÍQUEZ UREÑA. *Op. cit.*, p. 529.

sensación que ante ellos experimenta la traductora: “diríase que el poeta”, afirma Laura, “narrador de cosas pasadas, piensa y siente con nosotros”⁴⁴; propósito que junto a su convicción de que los poema homéricos debían de convertirse en sustento para la formación de las nuevas generaciones, anima su labor y se transparenta a lo largo de su traducción.

⁴⁴ MESTRE. *Op. cit.*, p. 267.

LA ILÍADA CANTO I

TRADUCCIÓN DE LAURA MESTRE HEVIA¹

La epidemia. El resentimiento

Canto ¡oh Musa! de Aquiles, hijo de Peleo, la cólera funesta que causó infinitos males a los griegos; que precipitó a los infiernos las almas valerosas de muchos héroes, y los hizo servir de pasto a los perros y a todas las aves de rapiña –así se cumplió la voluntad de Júpiter– desde que, por primera vez, separó una disputa al hijo de Atreo, jefe de los griegos y al divino Aquiles.

Ahora ¿cuál de los dioses los incitó a esa contienda? El hijo de Júpiter y de Latona: irritado contra el rey, suscitó en el ejército una terrible enfermedad; y los pueblos morían porque Atrida había despreciado al sacerdote Crises. Dirigiéndose este a las rápidas naves de los griegos, con el fin de libertar a su hija, con un rico rescate, llevando la banda del certero Apolo en el cetro de oro, suplicaba así a todos los griegos y sobre todo a los dos hijos de Atreo, caudillos de pueblos:

“¡Atridas y griegos de brillante armadura! los dioses, moradores del Olimpo, os concedan tomar la ciudad de Príamo, y retornar felizmente a vuestros hogares; pero libértadme a mi hija querida y aceptad el rescate, venerando al hijo de Júpiter, el certero Apolo”.

Entonces todos los demás griegos proclamaron que se respetara al sacerdote, y se recibiera el magnífico rescate, pero Agamenón no quería acceder, y lo despidió con desprecio, añadiendo estas duras palabras:

“Viejo, que no te encuentre yo junto a nuestras espaciosas naves, por haberte detenido o por haber vuelto otra vez, no sea que no te valga el cetro ni la banda del dios. En cuanto a ella, no la libertaré hasta que no llegue a la vejez,

¹ Al hacer la transcripción mecanográfica solo se ha modernizado la ortografía en normas como la acentuación de los monosílabos, pero lo demás se ha respetado el original y, en caso de tachaduras o correcciones del manuscritos y que podemos atribuir a la autora, se ha optado por la última asentada por ella.

en mi casa, en la Argólida, lejos de su patria, bordando la tela y compartiendo mi lecho. Anda, vete, no me irrites, porque no estarías seguro”.

Así dijo: atemorizóse el anciano y obedeció la orden. Partió callado, siguiendo la orilla de la mar rugiente; pero cuando estuvo lejos le rogó mucho al soberano Apolo, hijo de Latona, la de hermosa cabellera.

“¡Escúchame, dios del arco de plata, que proteges a Crisa y a la divina Cila, y que reinas en Ténedos, Apolo Esminteo! Si alguna vez adorné tu templo para hacértelo grato, si alguna vez quemé en tu obsequio los pernils cubiertos de grasa de toros y de cabras, cúmpleme este voto: expíen los griegos mis lágrimas con tus dardos!”.

Tal fue su súplica, y Febo Apolo la escuchó. Bajó de la cima del Olimpo con el ánimo irritado, llevando en los hombros el arco y la repleta aljaba: al agitado andar resonaban las flechas del enojado dios: parecía la noche que se acercaba.

Sentándose luego a cierta distancia de las naves, lanzó un dardo: ¡terrible fue el ruido del arco de plata! Sus primeras víctimas fueron los mulos y los ágiles perros; pero luego sus dardos mortales hirieron a los hombres; y muchas piras de cadáveres ardían siempre en el campamento.

Los dardos del dios atravesaron el ejército nueve días seguidos. El décimo, Aquiles convocó al pueblo a una asamblea: Juno, la diosa de blancos brazos, conmovida por la mortandad de los griegos, le sugirió esa idea. Una vez convocados y reunidos, levantóse en medio de ellos Aquiles, de pies ligeros, y habló así:

“Atrida, llegó según creo, para nosotros el día de abandonar la empresa, escapando al menos de la muerte; pues la guerra y la peste juntamente rinden a los griegos”.

“Pero consultemos a un adivino o a un sacerdote, o siquiera a un interpretador de sueños –que también el sueño viene de Júpiter– para que nos diga por qué Febo Apolo está tan irritado, si es por algún voto o hecatombe: tal vez recibiendo en ofrenda el humo de los corderos y de las cabras más escogidas, consienta en alejar de nosotros la plaga”.

Después de hablar así, se sentó. Levantóse entonces entre ellos Calcas, hijo de Téstor, el mejor de los adivinos, que conocía el pasado, el presente y el porvenir, y había guiado las naves de los griegos hasta Ilión, merced al arte adivinatoria que debía a Febo Apolo: lleno de buena voluntad hacia ellos, les dirigió este discurso:

“¡Oh Aquiles, preferido de Júpiter! me ordenas que explique la cólera de Apolo, rey que hiere de lejos; pues bien, hablaré, pero promete y júrame que estarás dispuesto a defenderme con palabras y obras, porque voy a contrariar al hombre que posee mando supremo sobre todos los griegos y a quien todos los griegos obedecen. Cuando un rey poderoso se irrita contra un inferior, aunque ese día domine su cólera, guarda el rencor en su pecho hasta vengarse. Dime, pues, si vas a salvarme”.

El veloz Aquiles, de pies ligeros, en respuesta le dijo:

“Ten entera confianza, y di el oráculo que sabes. Por Apolo, predilecto de Júpiter, adorado por ti, y cuyos oráculos descubres a los griegos: mientras yo exista y vea la luz sobre la tierra, no habrá entre todos los griegos ninguno que ponga en ti su fuerte mano, junto a las hondas naves, aunque hablaras en contra de Agamenón que ahora se gloria de ser el más poderoso de los griegos”.

Entonces el intachable adivino cobró ánimo y dijo:

“El dios no se queja de ningún voto o hecatombe, sino por su sacerdote, a quien Agamenón ha ofendido al no devolverle a su hija, ni recibir el rescate. Por esta razón, el dios que hiere de lejos ha causado desgracias y las causará todavía, y no alejará las Parcas terribles de la peste hasta que no devuelvas al padre amado, sin recompensa ni rescate, la joven de ojos negros, y se lleve a Crises una hecatombe sagrada: una vez aplacado el dios, podríamos contar con su protección”.

Después de hablar así, se sentó el adivino. Pero entonces se levantó entre los griegos el héroe, hijo de Atreo, el poderoso Agamenón, indignado, con la mente oscurecida por inmensa furia, y los ojos brillantes como fuego. Con siniestra mirada interpeló primero a Calcas: “Profeta de desgracias: nunca me has dicho nada agradable; prefieres siempre vaticinar males; nunca dices ni cumples nada bueno. Ahora mismo has declarado ante los griegos que el certero Apolo les envía males, porque yo no he querido recibir el valioso rescate de la joven Criseida; pues deseo ardientemente tenerla en mi casa. En verdad, la prefiero a Clitemnestra, con quien me casé siendo ella joven, porque no le es inferior en el cuerpo, ni en la presencia, ni en el entendimiento, ni en las labores femeninas. Con todo, deseo devolverla, si es conveniente: prefiero que el pueblo se salve y no que muera. Así preparadme en seguida otro premio, para no ser el único griego falto de recompensa, lo cual no estaría bien; y todos veis que mi premio pasará a otras manos”.

El divino Aquiles, de pies ligeros, le respondió al momento:

“Glorioso hijo de Atreo, el más ambicioso de los hombres, ¿cómo pudieran darte otra recompensa los magnánimos griegos? No sabemos que haya en ningún lugar tantas recompensas comunes, pues las que llevamos de las ciudades se han repartido ya, y no sería posible volverlas a reunir. Entrega, pues, ahora tu premio al dios, que los griegos te pagaremos con el triple o el cuádruple, si algún día Júpiter nos concede saquear a Troya, la bien fortificada ciudad”.

El poderoso Agamenón le contestó a su vez: “Aquiles, semejante a los dioses, no trates de engañarme, confiado en tu valor, pues no podrás sorprenderme ni persuadirme. Es decir: que mientras tú guardas tu recompensa, quieres que yo permanezca impasible, cuando he sido despojado; y me ordenas entregar la mía? Así será si los griegos me dan otra recompensa que a mi juicio sea equivalente. Pero si no me la dan, yo mismo iré a buscar la tuya o la de Ajax, o a la fuerza me llevaré la de Ulises; aunque se encolerice aquel a quien yo me dirija; pero discutiremos este asunto más adelante. Echemos ahora al sagrado mar una nave negra, y reunamos los remeros que se necesiten; pongamos dentro una hecatombe, y hagamos subir a bordo a la joven Criseida, de lindo rostro; que un jefe dirija la expedición, Ajax, Idomeneo, o el divino Ulises, o tú, hijo de Peleo, el más egregio de todos los hombres, a fin de aplacar a Apolo, ofreciéndole sacrificios”.

Entonces Aquiles, de pies ligeros, le contestó, mirándole torvamente:

“¿Qué dices, hombre lleno de audacia, ávido de provecho? ¿cuál de los griegos debiera someterse a ti, o acatar tus órdenes, ya para venir en la expedición, ya para luchar valerosamente contra los guerreros? En cuanto a mí, no he venido a combatir a los troyanos armados de lanzas, que no me han hecho ningún mal: no han robado mis bueyes, ni mis caballos; ni en la fértil Ftia, abundante en guerreros, han destruido mis cosechas, pues de ellos nos separan muchos montes espesos y el mar rugiente. Te hemos seguido, hombre audaz, para que tengas el gusto de obtener sobre los troyanos la venganza de Menelao y tuya, descarado, lo cual no te inquieta ni te preocupa. Además, amenazas con arrebatarme la recompensa por la que tanto he luchado y que los griegos me otorgaron. Jamás obtuve premio igual al tuyo, cuando los griegos destruían alguna populosa ciudad troyana.

En verdad, mis manos son las que más trabajan en el ardor de la contienda, pero si ocurre por casualidad algún reparto, tu botín es mucho mayor; y yo vuelvo a las naves con alguna grata y corta recompensa, después del penoso combate.

Ahora voy a Ftia, porque prefiero regresar a mi casa en las corvas naves; y no creo que injuriándome puedas conseguir aquí provecho y riquezas”.

A su vez le respondió el rey Agamenón:

“Huye, pues, si esa es tu voluntad: no te suplico que te quedes por causa mía. A mi lado hay otros que me honrarán, y sobre todos el providente Júpiter. Tú eres para mí el más odioso de los reyes descendientes de Júpiter: siempre te agradan las disputas, la guerra y los combates. Si eres muy esforzado, lo debes a algún dios: vuelve a tu casa con tus naves y tus compañeros; ve a reinar sobre los mirmidones: no me cuido de ti, ni me preocupa tu cólera. Te dirijo esta amenaza: puesto que Febo Apolo me quita a Criseida, la enviaré con mis compañeros en mi nave, y me traeré a la bella Briseida, tu recompensa, yendo yo mismo a tu tienda, para que sepas bien que soy más poderoso que tú, y para que nadie se atreva a decir que es igual a mí, ni a compararse conmigo en mi presencia”.

Así habló, y el pesar se apoderó del hijo de Peleo: en su velludo pecho su corazón vacilaba entre dos impulsos: o tomar de su costado la aguda espada, y apartando a los que le rodeaban, dar muerte al Atrida, o reprimir su cólera y contener su furor. Mientras tales sentimientos agitaban su ánimo y su corazón, y desenvainaba su gran espada, Minerva bajó del cielo, enviada por Juno, la diosa de blancos brazos, que amaba a los dos guerreros y los atendía por igual. Detúvose detrás y sujetó por la rubia cabellera al hijo de Peleo, apareciéndose a él solo, sin que los demás pudieran verla. Sorprendido Aquiles, se volvió, conociendo al instante a Minerva, cuyos ojos le parecieron terribles, y a quien dirigió estas aladas palabras:

“¿Por qué has venido, hija del dios que lleva la égida? ¿Es para presenciar las injurias de Agamenón, hijo de Atreo? Pues te diré lo que pasará a mi juicio: que perderá bien pronto la vida por sus insolencias”.

A su vez le respondió Minerva, la diosa de ojos brillantes:

“He venido del cielo para contener tu cólera, si me obedeces: he sido enviada por Juno, la diosa de blancos brazos, que os ama y os atiende por igual. Pero, vamos, cesa en la contienda, y no empuñes la espada, aunque le dirijas de palabra algún insulto, sea el que fuere. Añadiré lo siguiente que ha de cumplirse: algún día se te ofrecerán dones tres veces más brillantes, a causa de esta injuria; ahora reprímete y obedéceme”.

En respuesta le dijo Aquiles, el de los pies ligeros:

“Diosa, vuestros mandatos deben cumplirse, aunque yo tenga el ánimo irritado; ¡así conviene! el que obedece a los dioses es más atendido por ellos”.

Dijo; y apoyando su fuerte mano en el puño de plata de su gran espada, la hizo entrar en la vaina, y acató la orden de Minerva. Esta se volvió al Olimpo, morada de Júpiter, el dios que lleva la égida, entre las otras divinidades.

No obstante, el hijo de Peleo dirigió de nuevo palabras insultantes al hijo de Atreo, desahogando su ira:

“Bebedor, de mirada cínica y corazón de ciervo, nunca has resuelto armarte para combatir con los demás guerreros, ni tomar parte en alguna emboscada con los más valientes, porque esto te parece morir. Te es harto más fácil, en el extenso campo de los griegos, arrebatar sus premios a cualquiera que haya hablado mal de ti. Rey que devoras a tu pueblo, porque reinas sobre cobardes, de otro modo esta sería la última vez que insultaras. Pero te diré un gran juramento, muy importante para ti: por este cetro que no ha producido nunca hojas ni ramas, desde que por vez primera abandonó su tronco en los montes, ni volverá a florecer, porque el hierro le ha quitado las hojas y la corteza, cetro que ahora llevan en sus manos los hijos de los griegos que ejercen la justicia y guardan las leyes en nombre de Júpiter: algún día todos los griegos sentirán la ausencia de Aquiles, y aunque te conduelas, no podrás remediarlos en nada. Cuando el homicida Héctor haga caer expirantes a muchos, entonces sentirás dolor y remordimiento por no haber honrado al más valeroso de los griegos”.

Así habló el hijo de Peleo; después arrojó por tierra su cetro perforado con clavos de oro y se sentó: entretanto el hijo de Atreo estaba furioso. Entonces se levantó entre ellos Néstor, el de suave palabra, armonioso orador de los pilios, cuya lengua manaba voces más dulces que la miel. Antes de él habían muerto dos generaciones de hombres que fueron contemporáneos suyos y se criaron en la divina Pilos: ahora reinaba sobre los de la tercera. Lleno de benevolencia por entrambos, les dirigió este discurso:

“¡Oh dioses! ¡qué inmensa desgracia cae sobre Grecia! Se alegrarían sin duda Príamo y también sus hijos y los demás troyanos, si supieran que disputáis los que tenéis supremacía en la asamblea y en el combate. Dejaos persuadir por mí, ya que sois más jóvenes. En otro tiempo traté a guerreros más valientes que nosotros, y nunca me despreciaron; pues nunca he visto ni veré hombres como Piritoo y Drías, pastor de pueblos, y Ceneo, Exadio y Polifemo, parecido a un dios, y Teseo, hijo de Egeo, semejante a los inmortales. Es verdad que esos

hombres se criaron como los más fuertes de la tierra; y combatieron también contra los más fuertes: los centauros de las montañas, a quienes exterminaron de un modo terrible. Llegado de lejos, de la remota Pilos, estuve a su lado, porque me llamaron, y combatí por mi cuenta. Ninguno de los hombres que hoy existen combatiría con ellos, y sin embargo escuchaban mis consejos y obedecían a mi voz: obedeced vosotros también, porque es lo mejor. Tú, por valeroso que seas, no le arrebatas la joven, déjasela, pues los griegos le otorgaron esa recompensa. Y tú, hijo de Peleo, no intentes luchar frente a frente con el rey, pues goza de más prestigio que ninguno de los que tienen cetro y han recibido de Júpiter la gloria. Si eres valiente y has nacido de una diosa, él es más poderoso, porque reina sobre más hombres. Y tú, hijo de Atreo, reprime tu ira, calma, te lo ruego, tu rencor contra Aquiles, que es para todos los griegos un gran baluarte en esta guerra terrible”.

El poderoso Agamenón tomó la palabra y le dijo:

“Ciertamente, anciano, has hablado conforme a la razón. Pero ese guerrero quiere sobreponerse a todos los demás y subyugar a todos y reinar sobre todos y dar órdenes a todos, lo que no puede consentirse. Si los dioses inmortales le han hecho guerrero, ¿le permitirán por eso dirigir palabras injuriosas?”.

Entonces, el divino Aquiles contestó interrumpiéndole:

“Me llamarían, en verdad, cobarde y pusilánime, si asintiera a cuanto has proferido: da esas órdenes a otros, y no me mandes a mí, porque he resuelto no obedecerte. Algo más he de decirte y grábalo en tu mente: no combatiré con mis manos por la joven, ni contigo, ni con otro cualquiera, ya que así como me la habéis dado me la quitáis; pero en cuanto a las demás cosas que poseo junto a mi negra y veloz nave, no podrás arrebatarme ninguna, contra mi voluntad. Y si quieres, vamos, haz la prueba para que estos también lo sepan: al instante tu oscura sangre saltará bajo mi lanza”.

Después de haber disputado así con palabras contrarias, se levantaron, disolviendo la asamblea junto a las naves de los griegos. El hijo de Peleo volvió a sus tiendas y a sus iguales naves, con el hijo de Menecio y demás compañeros, mientras el Atrida sacó al mar una nave ligera: le escogió veinte remeros, y puso en su interior una hecatombe para el dios. Llevando luego a la joven Criseida, de bello rostro, la colocó en la nave, a la cual subió como jefe el sagaz Ulises.

En cuanto hubieron embarcado, empezaron a navegar por el húmedo camino. El Atrida ordenó que el pueblo se purificara; purificóse este, echando al

mar las suciedades del cuerpo; luego sacrificaron a Apolo hecatombes completas de toros y cabras, junto a la orilla del infecundo mar, y el olor de la grasa subía al cielo, mezclado con el humo.

Así se ocupaban en la armada, pero Agamenón no olvidó la injusticia con que antes había amenazado a Aquiles, y dirigió la palabra a Taltibio y a Euríbatas, sus heraldos y ministros diligentes:

“Id a la tienda de Aquiles, hijo de Peleo, y tomando por la mano a la bella Briseida, traedla; pero si él no la entrega, yo mismo se la arrebataré llevando más gente, lo cual le sería más penoso”.

Habiendo hablado así, los envió, añadiendo violentas palabras: ambos partieron disgustados, siguiendo la orilla del infecundo mar, y llegaron a las tiendas y a las naves de los mirmidones. Encontraron a Aquiles sentado cerca de su tienda y de su oscura nave: al verlos no se regocijó: ellos se detuvieron ante el rey turbados y respetuosos, sin dirigirle la palabra ni interrogarle.

Comprendiendo su intención, Aquiles les dijo:

“Salud heraldos, mensajeros de Júpiter y también de los hombres, aproximados: en nada sois culpables contra mí, sino Agamenón que os envía por la joven Briseida. Vamos, Patroclo, descendiente de Júpiter, haz salir a la joven y entrégala a los dos heraldos para que se la lleven, y me sirvan de testigos ante los dioses bienaventurados, ante los hombres mortales y ante el rey inhumano, si algún día necesitan de mí para librarse de un azote indigno... pues Agamenón, con sus ideas funestas, delira, y no sabe recordar ni prever nada, para que los griegos combatan por él junto a las naves”.

Así habló; y Patroclo obedeció a su amado compañero: trajo de la tienda a la bella Briseida, y la confió a los heraldos para que se la llevaran: estos retornaron hacia las naves de los griegos, y la mujer los seguía contra su voluntad. Después de haber llorado, Aquiles se sentó aparte, lejos de sus compañeros, a orillas del mar espumoso, contemplando el oscuro ponto; y tendió sus manos rogando largo tiempo a su madre amada: “Ya que nací de ti, destinado a breve vida, debiera al menos el tonante Júpiter Olímpico enviarme la gloria. Ahora no me ha honrado en nada, pues el poderoso Agamenón Atrida, después de insultarme, me arrebató mi recompensa y la posee”.

Así le habló llorando: oyóle su venerable madre, que estaba sentada en las profundidades del mar, junto a su anciano padre. Levantóse en seguida sobre el

mar espumoso, a semejanza de una niebla, y se sentó enfrente del lloroso Aquiles; le acarició con la mano y le dijo estas palabras:

“Hijo, ¿por qué lloras? ¿qué pena domina tu corazón? Habla: no ocultes tu pensamiento, para que los dos nos enteremos”.

Con un profundo suspiro le contestó el divino Aquiles:

“Tú lo sabes, ¿para qué decir estas cosas a quien nada ignora? Fuimos a Tebas, la ciudad sagrada de Aeción; la saqueamos y trajimos aquí todo el botín, el cual se repartió bien entre los griegos, escogiéndose a la bella Criseida para el Atrida. Pero en seguida Crises, sacerdote del certero Apolo vino a las naves de los griegos revestidos de bronce, para libertar a su hija, trayendo un inmenso rescate, y la banda del flechador Apolo sobre el cetro de oro; y suplicaba a todos los griegos, sobre todo a los dos Atridas, jefes de pueblos.

Entonces todos los griegos proclamaron que se respetara al sacerdote y se recibiera el magnífico rescate, pero esto no agradó a Agamenón que lo despidió de mal modo dirigiéndole violentas palabras. Encolerizado el anciano, se retiró y Apolo escuchó su ruego, porque le tenía gran aprecio. Inmediatamente lanzó a los griegos un dardo funesto, y los pueblos morían en montón: las flechas del dios caían por todas partes en la numerosa armada griega. Un sabio adivino nos declaró los oráculos del certero Apolo; y yo fui el primero en aconsejar que se obedeciera al dios. Pero la cólera se apoderó al instante del Atrida: levantóse súbitamente, y lanzó una amenaza que ya se ha cumplido, porque los griegos de ojos vivos enviaron en una nave ligera a la joven a Crises, agregando presentes al dios; y después unos heraldos se llevaron de mi tienda a la joven Briseida, que me habían dado los griegos. Si te es posible, socorre a tu hijo: yendo al Olimpo, suplica a Júpiter, si en algún tiempo halagaste su corazón con palabras y obras; pues con frecuencia, en el palacio de mi padre, te oí vanagloriarte diciendo que tú sola entre los inmortales, habías librado de una desgracia indigna al hijo de Saturno que amontona las nubes, cuando quisieron encadenarlo los demás dioses del Olimpo, aun Juno, Neptuno y Minerva. Pero tú llegaste y lo libertaste de las cadenas, llamando en seguida al vasto Olimpo al gigante de cien brazos, a quien los dioses llamaban Briareo, y todos los hombres Egeón, porque supera en fuerza a su padre, el cual se sentó al lado del hijo de Saturno, orgulloso de su gloria. Entonces los dioses bienaventurados le temieron y no encadenaron a Júpiter. Ahora siéntate a su lado y abraza sus rodillas, a ver si quiere auxiliar a los troyanos, y repeler y exterminar a los griegos, a orillas del mar, junto a las naves, para

que todos padezcan por su rey, y también para que el hijo de Atreo, el poderoso Agamenón, conozca su falta, al injuriar al más valiente de los griegos”.

En seguida le respondió, vertiendo lágrimas, Tetis:

“¡Ay de mí, hijo mío! ¿por qué te crié, después de haber nacido funestamente? Has debido quedarte sin lágrimas ni penas junto a las naves, ya que tu destino no será largo sino breve. Ahora estás sujeto a corta vida, siendo además muy desgraciado. ¡Así te di a luz en el palacio con suerte fatal! Para hablarle de ti al tonante Júpiter, si quiere escucharme, iré yo misma al Olimpo, cubierto de nieve. Sentado junto a las veloces naves, conserva tu rencor contra los griegos, y abstente de todo combate. Ayer partió Júpiter hacia el océano, a la región de los dignos etíopes, para asistir a un banquete, y los demás dioses le siguieron. Pero el duodécimo día volverá al Olimpo, y entonces iré por ti al palacio de cimientos de bronce de Júpiter, y abrazaré sus rodillas, y creo que lograré persuadirlo”.

Después de hablar así, se alejó la diosa, dejando a Aquiles con el ánimo irritado, a causa de la joven de bella cintura que le habían arrebatado contra su voluntad.

Entretanto Ulises se dirigía a Crises, conduciendo la hecatombe sagrada. Cuando hubieron entrado en el profundo puerto recogieron las velas y las pusieron en la oscura nave, acercaron el mástil a la crujía, bajándolo rápidamente con los cables, e impulsaron la embarcación hacia dentro con los remos, arrojaron las anclas y pusieron las amarras. Bajaron luego ellos mismos a tierra, y sacaron la hecatombe destinada al certero Apolo; y Criseida salió de la nave que surca los mares. En seguida el sagaz Ulises, llevándola hacia el altar, la puso en manos de su querido padre, a quien dijo:

“¡Oh Crises! he sido enviado por el rey Agamenón para traerte a tu hija y sacrificar a Febo una hecatombe sagrada en favor de los hijos de Dánao, a fin de aplacar al dios que ahora nos envía desdichas deplorables”.

Después de hablar así, puso en sus manos a Criseida: el sacerdote recibió regocijado a su amada hija. En seguida, los griegos colocaron en orden, ante el bien construido altar, la magnífica hecatombe, laváronse luego las manos y tomaron la avena sagrada. A su vez, Crises, levantando las manos, rogaba en alta voz por ellos:

“¡Escúchame, dios del arco de plata, que proteges a Crisa y a la divina Cila, y reinas poderosamente en Tenedos! Antes escuchaste mi súplica honrándome

y castigando con rigor la armada de los griegos: ahora cúpleme también este voto: aparta de ellos el terrible azote”.

Así dijo en su ruego; y Febo Apolo escuchó sus votos. En cuanto hubieron suplicado y esparcido los granos de avena, alzaron la cabeza de las víctimas y las degollaron, quitándoles luego la piel y cortando sus perniles; después los cubrieron dos veces de grasa y pusieron encima pedazos de carne cruda. El anciano Crises los quemó sobre astillas de leña, vertiendo arriba oscuro vino: a su lado unos jóvenes llevaban en sus manos tenedores de cinco puntas. Cuando se quemaron los perniles y se probaron las vísceras, cortaron en trozos la carne restante y los pincharon con los tenedores, cociéndolos con cuidado; por último, lo retiraron todo del fuego. Una vez concluido el trabajo y dispuesto el festín, comenzó este, y todos comieron por igual hasta saciarse. Cuando hubieron satisfecho el ansia de comer y beber, los jóvenes colmaron las cráteras de vino, que repartieron entre todos, ofreciendo las primicias de las copas.

Durante todo el día, los jóvenes griegos trataron de aplacar a Febo Apolo con sus cantos, entonando un bello peán en loor del flechero dios, que los escuchaba con placer.

Cuando se puso el sol y sobrevino la oscuridad, se acostaron junto a las amarras de la nave, pero al aparecer la Aurora de rosados dedos, hija de la mañana, retornaron a la extensa armada de los griegos; y el certero Apolo les envió un viento favorable. Entonces levantaron el mástil y desplegaron las blancas velas: el viento infló el centro del velamen; y en torno a la quilla que avanzaba, las ondas purpúreas gemían ruidosamente, mientras la nave corría sobre el mar y terminaba su viaje. Al llegar a la extensa flota griega, halaron la nave hacia tierra, sobre las arenas, y le pusieron debajo grandes soportes; luego se dispersaron en medio de las tiendas y de las naves.

Entretanto, sentado junto a las rápidas naves, se entregaba a su furor el noble hijo de Peleo, Aquiles, de pies ligeros: ya nunca asistía al consejo de los jefes ni a la contienda. Su espíritu se consumía en la inacción, y echaba de menos el grito del combate y la guerra.

Cuando llegó, por fin, la aurora del duodécimo día, subieron juntos al Olimpo los dioses inmortales con Júpiter al frente. Tetis no olvidó las súplicas de su hijo, y se alzó sobre las olas del mar, subiendo temprano al vasto cielo y al Olimpo. Allí encontró al tonante hijo de Saturno, sentado aparte de los demás dioses, en la cumbre más elevada del Olimpo, de numerosas cimas. Sentóse Tetis

frente a él, y tocó sus rodillas con la mano izquierda: y con la derecha su barba, suplicando con estas palabras al soberano Júpiter, hijo de Saturno:

“Padre de los dioses, si alguna vez te fui útil entre los inmortales, por la palabra o la acción, cúmpleme este voto: honra a un hijo mío, destinado a más breve vida que los demás guerreros; a quien ha ofendido el rey Agamenón, apoderándose de su recompensa y guardándola para sí. Pero véngalo tú, dios del Olimpo, prudente Júpiter, y concede la victoria a los troyanos hasta que los griegos honren a mi hijo y acrecienten su gloria”.

Así habló la diosa, pero Júpiter, el dios que amontona las nubes, no le contestó, permaneciendo callado largo tiempo. Tetis continuó abrazando sus rodillas, y le instó por segunda vez:

“Accede, haciendo una señal de aprobación, o rehúsa, pus nada tienes que temer, para cerciorarme de que soy la menos considerada de todas las diosas”.

Pero Júpiter, el dios que amontona las nubes, suspiró profundamente y le dijo: “Habrá tristes sucesos si me obligas a detestar a Juno por haberme irritado con sus palabras ofensivas: siempre me ataca sin razón en medio de los dioses inmortales, y dice que yo auxilio a los troyanos en el combate. Ahora retírate otra vez para que no te vea, y yo cuidaré de cumplir estas promesas. Si quieres, haré una señal de asentimiento con la cabeza, para que tengas confianza, porque este es mi testimonio más grande entre los inmortales: lo que yo haya confirmado con la cabeza, no puede revocarse, ni falsearse, ni dejar de cumplirse”.

Tales palabras profirió el hijo de Saturno e hizo una señal con sus cejas oscuras; y en su inmortal cabeza se agitaron sus cabellos perfumados de ambrosía, y se conmovió el vasto Olimpo.

Habiendo deliberado así, se separaron: Tetis saltó en seguida al mar profundo desde el Olimpo resplandeciente, y Júpiter volvió a su palacio. Todos los dioses se levantaron de sus asientos en presencia de su padre: ninguno se hubiera permitido esperar a que llegase; todos se mantenían de pie ante su vista. Entonces él se sentó en su trono; pero Juno sabía, por haberlo visto, que Tetis, la diosa de los pies de plata, hija del anciano del mar, había concertado con él algún plan, y al momento, dirigió estas palabras a Júpiter, hijo de Saturno:

“¿Qué diosa ha venido a concertar planes contigo, engañador? Siempre te ha gustado, lejos de mi presencia, meditar y resolver asuntos secretos, sin decirme amablemente una palabra de tus maquinaciones”.

El padre de los hombres y de los dioses le respondió en seguida:

“No esperes, Juno, llegar a conocer todos mis designios: te serían difíciles de comprender, a pesar de ser mi esposa. El propósito que pueda descubrir, nadie lo sabrá primero que tú, ni entre los dioses, ni entre los hombres; pero el que quiera imaginar lejos de los dioses, no desees conocerlo, ni trates de averiguarlo”.

La venerable Juno, la diosa de grandes ojos, le contestó al momento:

“Temible hijo de Saturno, ¿qué palabras has dicho? Antes de ahora no te he preguntado, ni he tratado de investigar nada: con entera tranquilidad has resuelto lo que has querido; pero mi ánimo abriga actualmente el terrible temor de que te haya seducido Tetis, la diosa de los pies de plata, hija del anciano del mar; porque muy de mañana se ha sentado cerca de ti y ha abrazado tus rodillas. Creo que le has hecho una señal de asentimiento, prometiéndole honrar a Aquiles, y hacer morir a muchos hombres junto a las naves de los griegos”.

Júpiter, el dios que amontona las nubes, le contestó con estas palabras:

“Desgraciada, siempre estás sospechando de mí y espíandome. No lograrás sino alejarte de mi corazón, lo cual te será aún más penoso: si ese es mi designio, me agrada realizarlo. Pero siéntate en silencio, y obedece mi orden, no sea que no te valga el auxilio de todos los dioses del Olimpo, cuando ponga sobre ti mis manos invencibles”.

Así dijo: atemorizóse Juno, la augusta diosa de grandes ojos, y se sentó en silencio, dominando su orgullo. Los dioses celestiales gimieron en el palacio de Júpiter; pero Vulcano, el noble artífice, comenzó a arengarles, dirigiendo dulces palabras a su querida madre, Juno, la diosa de blancos brazos:

“Ocurrirán desgracias intolerables si por causa de los mortales disputáis vosotros dos, provocando contiendas entre los dioses; y desaparecerá la alegría de los festines al vencer la maldad. Aconsejo a mi madre, aunque es prudente, que dirija frases amables a Júpiter, nuestro amado padre, para que no vuelva a incomodarse, perturbando así nuestros banquetes. Si el dios tonante del Olimpo quisiera precipitarnos de nuestros asientos... porque es el más poderoso. Procura calmarlo con palabras suaves, y en seguida nos será propicio”.

Así habló; y dirigiéndose a su amada madre, puso en sus manos una bella copa y añadió estas palabras:

“Sufre y resígnate, aunque estés apenada, madre mía; que mis ojos no te vean atropellada, siéndome tan querida: entonces, por irritado que estuviera,

no podría auxiliarte, pues es difícil resistir al soberano del Olimpo. La otra vez me asió por un pie, y me lanzó fuera del umbral de los dioses, porque traté de socorrerte: el impulso me duró un día entero, y vine a caer en Lemnos, al ponerse el sol; me recogieron los sintios cuando solo me quedaba un soplo de vida”.

Esto dijo; y Juno, la diosa de blancos brazos, se sonrió, y recibió en sus manos la copa de su hijo, el cual, empezando por la derecha, escanció vino a todos los demás dioses, sacando el dulce néctar de una profunda crátera. Entonces estalló una risa inextinguible entre los dioses bienaventurados, al ver a Vulcano agitándose para servir en el palacio.

Así celebraron un festín que duró todo el día hasta la puesta del sol, y no faltó alimento abundante para todos, ni la magnífica lira de Apolo; no faltaron las musas que cantaron alternando con voces armoniosas.

Pero cuando desapareció la brillante luz del día, cada uno de los dioses fue a acostarse a la casa que Vulcano, el ilustre cojo de ambas piernas, le había construido con arte admirable. También Júpiter Olímpico, el dios que manda el rayo, se dirigió a su lecho habitual cuando le sobrevino el dulce sueño: allí subió y quedóse dormido, y a su lado Juno, la diosa del trono de oro.

POEMAS DE CRISTÓFOROS AGRITELLIS

ÁNGEL SIKELIANÓS

*Madre, porque me amantaste con fuego
mi corazón se ha hecho estrella.*

En un amanecer mítico emprendiste
El camino a la cumbre del Parnaso,
Y la montaña se alzaba majestuosa
Mientras tocaba la lira de Homero.

Elegido de los dioses a tus ojos invadía
Una inundación de la luz délfica.
Por años yo te ando buscando, poeta,
Para que resucites nuestra raza decaída.

Ven tú, campeón del Helenismo,
Párate con la fuerza de tu hombría:
Gracia que los dioses pusieron en tu frente.

Y en el cielo que hace arder tu corazón,
Ahí enciende ahora tu antorcha
Para que se ilumine toda Grecia.

El cementerio de Roma

Pues Roma en tu corazón guardas
La floración de tu espíritu y tu canto;
Y tu tierra con bálsamo oloroso
La gente moja con su sacro llanto.

Aun si tu belleza ha decaído,
Los trovadores cantan a tu señoría
Echando flores en tu delantal abierto,
Y así a la luz tú brillas todavía.

Ahí va Shelley, ola perfumada,
Con una barca a la cerrada playa
Amarrando a su vela rota.

Y Keats —oh ojos de Idomeneo—
Laureado como un pequeño dios
Que guarda la luz de un ánfora griega.

Qué música sería aquella...

¿Qué música sería aquella que irrumpía
En la noche y estremecía las ramas
Amansando en el jardín a los perros
Mientras de arriba nos miraba la luna?

En la noche no existía nada más
Que esa música divina de violines.
Sobre los árboles dormían los pájaros
Y en el jardín los lirios perfumaban.

Y sobre el mar un delfín solitario
Se enredaba en la cabellera de Arión
Uniéndose, uno diría, con la espuma;

Mientras en el silencio de la noche
Tocaban lentamente los violines,
Y desde arriba nos miraba la luna.

Lineal B!

Ke-ro-wo po-me a-si-ja-ti-a o-pi
PAY Ael 34 (John Chadwick)

Pastan en el viñado los dos bueyes de Thalamata
Y ahí está Kerovo que los cuida, llevándolos

Después al campo de las espigas cálidas por miedo
Que los vean los piratas desde el barco y se los lleven.

Amado sea el que cuenta en el libro de la juventud,
Y espera que baje la joven sacerdotisa
Del monte a caminar sola a la orilla del río,
Con sus dos flores temblando en el agua clara y fría.

Más allá los hombres del rey están grabando
Cuanta cosecha dieron los sembradíos. Y graba
Y graba están en la arcilla con una caña fina.

Y los que vieron la luz del trigo en la palma
Deciden: Tantos quintales van a la diosa Démeter,
Junto con el joven pastor del monte con sus vacas.